

Jorge Zepeda Patterson



Milena o el fémur  
más bello del mundo

*Para Alma Delia*

**Milena**

*Jueves 6 de noviembre de 2014, 9.30 p. m.*

No era el primer hombre que moría en brazos de Milena, pero sí el primero que lo hacía por causas naturales. Aquellos a los que había asesinado no dejaron rastro ni remordimiento en su ánimo. Ahora, en cambio, la muerte de su amante la sumía en la desolación.

En asuntos del corazón, el sexo siempre había terminado por imponerse en la vida de Rosendo Franco. El día en que falleció no fue distinto. Bajo la exigencia del Viagra que lo inundaba, sus coronarias se vieron en la difícil disyuntiva de bombear la sangre exigida para sostener el violento ritmo con que penetraba a Milena o atender a otros órganos. Fieles a la historia de Rosendo, sus entrañas optaron por el sexo. El corazón se desgarró en bocanadas desatendidas aunque concedió al cerebro del viejo unos instantes adicionales para adivinar lo que sucedía.

Una imagen acudió a la mente del dueño del periódico *El Mundo*. La contracción del pecho proyectó la cadera hacia delante, profundizando la penetración. Se dijo que por fin iba a venirse, que iba a lograr eso que llevaba esquivándole los diez minutos de cabalgata febril sobre las blancas caderas de su amante. Rosendo siempre creyó que su último pensamiento sería para el diario al que había dedicado sueños y desvelos;

en años recientes, cada vez que pensaba en la muerte experimentaba un ramalazo de rabia y frustración al imaginarse la orfandad en que dejaría la gran obra de su vida. Y pese a ello, destinó los breves instantes de su agonía a exigirse una gota de semen para despedirse de su último amor.

Milena tardó unos segundos en percatarse de que los ruidos que emitía el hombre no eran de placer. No pudo hacer mayor cosa. Su amante la sujetaba por la cintura, envolviéndola con los brazos mientras estrellaba sus estertores agónicos contra su espalda enrojecida, como olas menguantes sobre una playa extensa. El viejo encajó la frente en la nuca de la mujer y la nariz en su cuello. Su respiración violenta agitó un rizo indisciplinado. Milena percibió de reojo el tenue vuelo de su cabello impulsado por el lánguido aliento del moribundo, luego el rizo quedó estático y la quietud reinó en el cuarto.

Se mantuvo inmóvil largo rato, salvo por las gruesas lágrimas que resbalaban por su rostro y morían en la almohada. Lloraba por él, pero sobre todo por ella misma. Se dijo que prefería suicidarse antes que regresar al infierno del que Rosendo la había rescatado. Peor aún, sabía que en esta ocasión la represalia sería despiadada. Se vio a sí misma tres años antes, desnuda frente a dos grandes perros dispuestos a destazarla.

No entendía por qué habían comenzado a amenazarla en las últimas semanas después de dejarla tranquila durante varios meses. Ahora, sin la protección del anciano, se convertiría en un saco de carne y huesos destinado a pudrirse en algún barranco, sin que importara el hecho de que los hombres pagaban mil doscientos dólares por el privilegio de macerar sus carnes. Imaginó el hallazgo de su cuerpo meses más tarde y el desconcierto de los forenses ante el fémur anormalmente largo de sus piernas kilométricas. La imagen la sacó del trance en que había caído y al fin la puso en movimiento. Se incorporó a medias para ver el rostro del muerto, limpió un rastro de saliva en su barbilla y lo cubrió con la sábana. Observó el

blíster de Viagra sobre la mesita de noche y decidió ocultarlo en un último acto de lealtad hacia el orgulloso viejo.

Caminó al baño impulsada por los sentidos alertados, con la lucidez febril del sobreviviente. Su mente ocupada en el contenido de la maleta que tendría que llenar antes de tomar un avión, aunque solo le importara la libreta negra que escondía en el clóset de la habitación. No solo era su venganza última en contra de aquellos que la habían explotado, también una garantía de supervivencia por los secretos que guardaba.

Nunca llegó al aeropuerto, no se llamaba Milena ni era rusa como todos creían. Tampoco se percató de la gota de semen que cayó sobre la baldosa.

## **Los Azules**

*Viernes 7 de noviembre, 7 p. m.*

Si hubiera podido incorporarse desde el fondo de su ataúd, Rosendo Franco habría estado más que satisfecho de su capacidad de convocatoria. La funeraria transfirió a otras sucursales los difuntos menos connotados para dedicar todas las salas de vela a albergar a las dos mil personas que acudieron al velatorio del dueño de *El Mundo*. Incluso el presidente del país, Alonso Prida, había permanecido veinte minutos en el recinto mortuorio y con él buena parte de su gabinete. Prida ya no tenía el porte majestuoso e imperial que ostentaba en su primer año de gobierno; demasiadas abolladuras inesperadas, pocas expectativas cumplidas en lo que se suponía iba a ser un espectacular regreso del PRI. Con todo, la presencia del mandatario mexicano electrizó el ambiente, y tras su partida la mayoría de los presentes se habían relajado y dedicado a beber.

Dos horas antes, a las cinco de la tarde, Cristóbal Murillo, secretario particular de Franco, decidió que el café no era una bebida que hiciera honor a la calidad de los visitantes que acudían a despedir a su patrón y exigió a la funeraria un servicio con copas de vino blanco y tinto de las mejores marcas. En el salón principal al que solo llegaban los VIP que él mismo seleccionaba, demandó que se distribuyeran champaña y viandas frías.

«En la muerte también hay códigos postales», se dijo Amelia al ver la funeraria parcelada en varios cotos entre los que el atuendo y hasta los rasgos étnicos contrastaban visiblemente. No era cercana a la familia de Rosendo Franco, a quien apenas había conocido, pero en su calidad de líder del principal partido de izquierda su presencia en el funeral resultaba imprescindible, al igual que la de toda la clase política. Amelia lamentó, de nuevo, la presencia de los tres escoltas que la acompañaban desde hacía dos años y que ahora hendían como un ariete los corrillos atiborrados de la funeraria para hacerle paso. En realidad la dirigente no habría necesitado ayuda para que los asistentes se hicieran a un lado; su melena rizada, sus ojos enmarcados por enormes pestañas y su tez aceitunada eran señas de identidad de una figura tan conocida como respetada en la escena pública del país, gracias a los largos años dedicados al activismo en defensa de niños y mujeres sometidos a abusos por hombres de poder. Una Madre Teresa de Calcuta con la belleza intimidante de una María Félix joven, había dicho algún agudo periodista en una ocasión.

Al cruzar los sucesivos salones, la dirigente se percató de que solo en el segundo, el de concurrencia más humilde, se oían llantos de duelo. Eran los trabajadores de las rotativas y las secretarias, quienes se lamentaban del desamparo en que los dejaba la muerte del empresario tantos años reverenciado.

En el resto de los salones que cruzó ahora también acompañada de un ujier, solo advirtió visitas de compromiso, actos de relaciones públicas e incluso ánimo de fiesta en algún corrillo alentado por los vinos y los chistes indefectibles en todo velatorio.

Al llegar a la sala principal, Amelia percibió dos ambientes que podían cortarse con cuchillo. Una treintena de familiares y amigos íntimos del difunto rodeaban el féretro como un comando dispuesto a sostener a sangre y fuego el último bastión frente a las hordas de políticos que llenaban el lugar; defendían el ataúd como si fuera la única bandera en la colina sitiada por

el enemigo. Ocasionalmente un gobernador o un ministro se desprendía del resto de los funcionarios y acudía furtivo a dar un breve pésame a la viuda y a la hija, tras lo cual regresaba con sus colegas para despedirse y tomar el camino de salida.

Amelia tardó unos segundos en distinguir a Tomás, acodado bajo un amplio ventanal a un costado del recinto, como si quisiera mantenerse al margen de la imaginaria batalla que enfrentaba a las dos fuerzas. Como tantas veces en la vida, la sosegó la simple vista de la figura desaliñada, de pelo ensortijado y ojos acuosos, de su viejo amigo y ahora amante. Algo tenía la presencia de Tomás que apaciguaba su espíritu guerrero.

—Lograste cruzar los siete salones del purgatorio —dijo él al saludarla con un breve beso en los labios.

—A juzgar por los presentes, esto se parece más al infierno —respondió ella mientras pasaba una mirada por los asistentes que abarrotaban el sitio.

Los dos contemplaron durante un rato los corrillos de políticos y poco a poco sus miradas convergieron en Cristóbal Murillo, el único embajador que transitaba entre los dos grupos instalados en el salón. Iba y venía para atender a un secretario recién llegado o para hacer alguna consulta con la viuda del empresario. Pasaba de un bando a otro con la confianza de saberse útil en ambos. Era servil allá donde se requería e imperativo donde era posible serlo. Tomás, destacado articulista de *El Mundo*, nunca lo había visto tan rozagante y expansivo. Su corta estatura incluso daba la impresión de haberse alargado dos o tres centímetros en las últimas horas. Después de tres décadas de imitar a su jefe, actuaba como si fuera el legítimo heredero. Y ciertamente lo parecía; a fuerza de cirugías plásticas había logrado una buena imitación del rostro del dueño del diario. No era gratuito el apodo que le endilgaban a sus espaldas por su extraño parecido con el finado: el Déjà Vu.

Amelia fue la primera en expresar lo que ambos pensaban.

—Oye, y tú que estás adentro, ¿qué sabes? ¿Cómo quedará

el diario sin Franco? ¿No me irás a decir que ese payaso se hará cargo de la administración? —preguntó a Tomás.

Él se encogió de hombros y enarcó las cejas, pero instintivamente los dos miraron a Claudia, la única hija de Franco, quien rodeaba con un brazo a su madre, ambas al pie del ataúd. A la distancia, la auténtica heredera no parecía más afectada de lo que delataba la lividez de su semblante, resaltada por un elegante atuendo oscuro. Tomás pensó que la indomable cabellera roja de Claudia era infiel a cualquier vestimenta fúnebre. Aunque su hombro tocaba el de doña Edith, su mirada mortecina atrapada en los mosaicos del suelo revelaba que su mente se encontraba muy lejos. Él supuso que su examante se habría perdido en algún pasaje familiar de la infancia y creyó confirmarlo cuando ella salió del trance y sus ojos quedaron prendidos en la caja donde yacía su padre.

Un mesero con canapés de salami y jamón bloqueó la vista que ofrecía la familia Franco. Detrás del empleado apareció la figura de Jaime.

—Mala selección de bocadillos tratándose de un negocio de carnes frías —dijo el recién llegado mientras alzaba la vista hacia el techo.

Ninguno de los dos dio muestras de la reacción que les provocaba encontrarse con el viejo amigo de su infancia, pero a ambos les incomodó: aún no perdonaban el comportamiento de Jaime en el caso de Pamela Dosantos, una actriz cuyo asesinato salvaje había sacudido al país un año antes e involucrado a Tomás como periodista y a Jaime como especialista en temas de seguridad. Los tres amigos formaban parte de un cuarteto que había sido inseparable a lo largo de la infancia y la adolescencia conocido como los Azules, por el color de los cuadernos que el padre de Jaime traía de Francia. La crisis provocada por el asesinato de Pamela Dosantos, amante del secretario de Gobernación, había quedado resuelta con saldos variopintos: las amenazas en contra de Tomás habían sido conjuradas, Amelia y él habían iniciado una relación amoro-

sa tres décadas después de los escarceos suspendidos durante la adolescencia, y Jaime había sido clave en la resolución del caso aunque con métodos que sus amigos encontraron reprochables.

Pese al tono desenfadado con el que los había abordado, Jaime tuvo que vencer la resistencia inicial que le provocaba acercarse a Tomás y Amelia. Durante la adolescencia y la vida universitaria los dos jóvenes habían rivalizado por el amor de su compañera, ambos con escaso éxito debido a la temprana atracción que los hombres maduros ejercieron en ella. Pero ahora, a los cuarenta y tres años de edad, la relación que había surgido entre el periodista y la líder removía en Jaime la antigua obsesión por su primer amor. Como otras veces en el pasado, se preguntó si su aversión al matrimonio o a una relación de pareja estable se relacionaba con la pasión desmedida con la que amó a Amelia en su juventud y a la terrible frustración que experimentó al verla en brazos de su padre veinte años atrás. Contemplarla hoy al lado de su antiguo compañero no era ningún consuelo. Por enésima vez hizo una comparación mental con Tomás, como en tantas ocasiones a lo largo de la vida: inventarió atributos físicos y éxitos profesionales y, de nuevo, encontró inexplicable que Amelia lo eligiera a él. De un lado, Jaime Lemus, exdirector de los organismos de inteligencia y dueño de la principal empresa en temas de seguridad en el país. Un hombre poderoso y seguro de sí mismo. Un cuerpo bronceado y de músculos largos y fibrosos, un rostro de facciones esculpidas con dureza pero armónicas. En conjunto, una figura deseada y atractiva. Su porte elegante y su 1.82 de estatura contrastaban con el cuerpo de Tomás, diez centímetros más bajo, que sin ser obeso proyectaba una imagen de blandura y afabilidad con su pelo entrecano, la sonrisa pronta y la mirada cálida. En suma, el rostro de un hombre en apariencia bueno. Una mezcla que solía inspirar en las mujeres una sensación de confianza e intimidad que Jaime envidiaba.

—¿A qué hora llegaste?—preguntó Tomás en tono neutro;

no quería ser grosero aunque tampoco pretendía recibir a Jaime con los brazos abiertos.

Amelia en cambio se envaró de inmediato, y estuvo a punto de dar media vuelta y dejarlo con la mano extendida. Al final prefirió ignorarlo aunque no se movió del sitio. El rechazo no pasó inadvertido a Jaime, quien tensó las mandíbulas e hizo un esfuerzo para sobreponerse.

—Hace un rato. Estaba entretenido escuchando algunas de las historias sobre Rosendo Franco que se cuentan en los corrillos. Era todo un personaje.

—¿Como cuáles? —inquirió Tomás inmediatamente interesado.

—Un amigo suyo se negaba a venderle unos terrenos a las orillas de la ciudad, donde Franco quería construir los nuevos talleres de impresión —contó Jaime—. Por más que le insistía al propietario, este se resistía en espera de una mejor oferta. Un día, Franco se enteró de que su amigo era fanático del horóscopo de *El Mundo*; lo primero que hacía por las mañanas era leer lo que le deparaba su signo. Enterado de su debilidad, llamó al responsable de la sección en su diario y le pasó el texto del signo de Sagitario para toda la siguiente semana. Luego invitó a su amigo a comer el viernes, día en que los astros ofrecían a todos los bendecidos por el Sol en Sagitario una oportunidad única en materia de bienes raíces. Ese día don Rosendo obtuvo los terrenos que codiciaba.

Tomás y Jaime rieron de buena gana, aunque de forma embozada en atención al lugar en que se encontraban. A su pesar, Amelia insinuó una sonrisa; la fuerza de la costumbre enhebrada durante tantos años compartidos comenzaba a imponerse sobre el resentimiento que le guardaba a su viejo amigo.

—Creo que yo me sé una mejor —dijo Tomás—. Hace dos o tres años la principal cadena de cines decidió suspender el anuncio de su programación en el periódico con el argumento de que la gente utilizaba Internet y el teléfono para ente-

rarse del horario de las películas. El gasto en el diario les parecía superfluo. Franco no se inmutó, a pesar de que perdía un ingreso regular nada despreciable. Simplemente ordenó a la sección de espectáculos que publicara una página con la programación de las películas pero con un horario equivocado: en lugar de las siete de la noche, se decía que la proyección comenzaba a las ocho, por ejemplo. Las taquillas de los cines se convirtieron en fuente de reclamaciones: en cada función había cinco o seis personas indignadas por haber llegado una hora tarde. A la siguiente semana la cadena reanudó la publicación de los anuncios.

De nuevo los Azules festejaron la ocurrencia; no obstante, Jaime alegó que la anécdota del horóscopo era mejor. Tomás argumentó a favor de la suya y, como tantas veces en el pasado, acudieron a Amelia en busca de un veredicto.

Esta los contempló un momento y no pudo evitar que la invadiera la nostalgia; se vio a sí misma treinta años atrás, rodeada por sus amigos en una esquina del patio de la secundaria en la que los Azules constituían un coto privado, repudiado y a la vez envidiado por el resto de sus compañeros. Recordó a Jaime y su enjundiosa defensa de la práctica del karate, a la que tanto se aficionó en la adolescencia, y la respuesta falsamente desdeñosa de Tomás, quien solía cuestionar las actividades atléticas y privilegiar la lectura de libros, intimidado por su tardío desarrollo muscular.

Para fortuna de Amelia, el arribo del omnipresente Muriello le evitó pronunciarse. No solo no quería hacer de juez entre ambos, tampoco deseaba interactuar con Jaime, pese a tenerlo a un lado.

—¿Qué tal la concurrencia? Impresionante, ¿verdad? —dijo el secretario particular de Franco recorriendo con la vista el salón—. Y mañana la primera sección es de noventa y seis páginas por la cantidad de esquelas que llevamos —agregó con entusiasmo mientras se estiraba las mangas de la camisa para lucir mejor los gemelos con incrustaciones de diamante.

La mirada impávida de sus interlocutores le hizo notar que su comentario pecaba de entusiasmo.

—El patrón habría estado orgulloso —murmuró en voz baja con fingida humildad.

—Su patrón seguramente habría preferido estar hoy en las oficinas de su periódico y no en un ataúd —respondió Amelia sin ocultar su desprecio.

El hombrecillo la miró con furia un segundo, antes de que el gesto servil se instalara de nuevo en su semblante. Jaime lo observó con la cabeza ligeramente ladeada, como un antropólogo examina un extravagante ritual apenas descubierto en la etnia objeto de estudio.

Con ánimo de molestar a la líder perredista, conocida por sus causas a favor de las mujeres, Murillo les compartió una confidencia:

—Pues lo cierto es que murió como un rey, sobre el cuerpo de una damita bellísima y muy joven. ¡Ese era mi patrón! —dijo con orgullo y gesto desafiante, mirando a Amelia de soslayo.

Tomás observó a la sexagenaria esposa que lloraba al lado del ataúd y no resistió hacer la pregunta que Murillo deseaba escuchar:

—¿Muy joven? ¿Quién?

—Una rusa de colección a la que tenía como amante; le llevaba casi medio siglo pero la tenía feliz. Ya ven lo que decía el Tigre Azcárraga, cuarenta años mayor que su última esposa: «El poder descuenta diez años, el dinero otros diez y el verbo diez más», así que juraba que solo superaba por una década a Adriana Abascal. —El secretario particular lanzó una carcajada que nadie secundó.

—¿Tú la conocías? ¿Cómo sabes que murió en sus brazos? —indagó Jaime.

—Bueno, esa es la hipótesis que maneja la policía, luego de examinar el cuerpo. Y a la rubia la conocí cuando fue a ver el departamento la primera vez; yo fui quien lo rentó por instrucciones de don Rosendo. ¡Un monumento de mujer! —dijo

Murillo con un gesto de lascivia y de nuevo advirtió que la reacción de sus interlocutores no era la que esperaba.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jaime.

—No sé, no me acuerdo —respondió el otro, que comenzaba a sentirse incómodo por el interrogatorio.

—¿Y estás seguro de que era rusa? —insistió Tomás. Más allá de la curiosidad de periodista de parte de uno, y de investigador policial de parte del otro, parecía que los dos amigos habían entrado de nuevo en una competencia para extraer del hombrecito la mayor información posible.

—Don Tomás, pregunta la señorita Claudia si puede usted pasar un momento con ella para comentarle algo —añadió Murillo, de pronto ansioso por retirarse de inmediato.

El periodista no pudo ocultar un gesto de satisfacción y sus ojos se desviaron de nuevo hacia la pelirroja, que seguía a un costado del féretro.

—Vamos todos de una vez para presentarle el pésame a la familia. Yo todavía tengo otro compromiso —dijo Amelia.

Tomás asintió con la cabeza aunque percibió un cosquilleo incómodo en la nuca. Amelia ignoraba el amorío que sostuvo con Claudia cinco años antes, y ahora que se habían convertido en pareja, él no tenía ningún deseo de que se enterara. La intuición de Amelia rozaba la brujería, o así le parecía al periodista.

Al caminar en dirección al féretro, los guardaespaldas se pusieron en movimiento apenas a dos metros de Amelia. Esta giró la cabeza por encima del hombro y con una mirada los conminó a permanecer en su sitio. Le parecía de mal gusto ofrecer condolencias flanqueada por individuos de tan fiero aspecto. Los tres Azules desfilaron ante la madre, la hija y otros parientes cercanos al fallecido barón de la prensa. Tomás percibió las profundas ojeras en el rostro de Claudia, síntoma evidente de la enorme responsabilidad que de golpe había caído sobre sus hombros. La madre nunca intervino en los negocios del marido y carecía de parientes con alguna habili-

dad empresarial. El único hermano vivo de Rosendo Franco era alcohólico, y los dos tíos de Claudia por el lado materno eran golfos profesionales. El único integrante de la familia Franco en quien podía confiar era su primo Andrés, el encumbrado tenista mexicano, pero hacía años que se había ausentado del país. El periodista se preguntó qué papel jugaría el marido de Claudia en todo esto; la distancia que había guardado durante el funeral sugería alguna tensión matrimonial. La idea lo alegró de una manera vaga, como un buen recuerdo al que no se le puede asir en un sitio o una fecha.

Tomás tomó la precaución de demorar el saludo a la viuda y abreviar el pésame a la hija, consciente como era de la presencia de Amelia. Con todo, la dirigente política se hallaba distraída. Siempre le incordiaba dar el pésame: no existían fórmulas que no le resultaran clichés. Suponía que ni para ella ni para la viuda resultaba placentero intercambiar frases repetidas docenas de veces a lo largo de la velada. Había algo de impostado en los velatorios que incomodaba a Amelia; consideraba que los vivos debían enterrar a sus muertos en la intimidad y hacer su duelo en el espacio privado y familiar en que habían convivido con el difunto. Las convenciones sociales obligaban a los dolientes a exhibir su sufrimiento en un aparador ante extraños que mostraban un pesar que no sentían. Se preguntaba cuántos de los sollozos que oía a su alrededor los causaba la reciente pérdida y cuántos en realidad se debían a la autoconmiseración que suele esparcirse en los velatorios. El cuerpo en el ataúd no era más que el detonante de lágrimas que le eran ajenas.

Amelia se despidió besando sus propios dedos y luego abriéndolos en dirección a los que dejaba en una especie de bendición masiva. Aún le esperaba una larga y delicada conversación con Andrés Manuel López Obrador, el líder histórico de la izquierda, separado del PRD desde meses antes; deseaba explorar con él algún tipo de frente común ante el gobierno. No sería fácil, el divisionismo de la izquierda pare-

cía un condicionamiento congénito: «Toda organización integrada por tres trotskistas encierra cuatro fracciones», recordó ella con desesperanza. Con todo, se dijo que había que intentarlo.

Por su parte, Jaime recorrió el salón con la vista para ubicar a Cristóbal Murillo: la rusa había despertado su curiosidad y juzgó que, liberado de la presencia intimidante de Amelia, el locuaz asistente de Franco podría mostrarse más parlanchín. Todo enigma constituía para Jaime un reto irresistible, sobre todo en casos como este, que implicaba a un poderoso miembro de la élite del país.

Tomás se quedó al lado de Claudia en espera de que algunos políticos terminaran de presentar su adhesión a la familia. En los siguientes minutos presenció la manera contrastante en que hombres y mujeres ofrecían sus condolencias: aun cuando no hubiera familiaridad de por medio, las mujeres abrazaban a la viuda y la consolaban con una intimidad y una emoción nacida, suponía él, de la solidaridad femenina. Un atavismo tribal tan viejo como la historia de la humanidad: mujeres que confortan a mujeres, viudas a cargo de otras viudas. El acercamiento de los hombres, en cambio, adquiriría todas las formas de una oferta de protección más fingida que real. «Lo que usted necesite, doña Edith»; «No se preocupe, don Rosendo tenía muchos amigos»; «Estaremos atentos a cualquier necesidad de la familia»; «Usted nomás diga»; frases que se disipaban en el aire más rápidamente que el caro aroma de sus lociones. Tan pronto se daba la vuelta, el supuesto protector revisaba a la concurrencia en busca de algún interlocutor propicio para sus negocios y quehaceres.

Por fin una interrupción en el desfile de dolientes permitió a Claudia conducir a Tomás hacia una pequeña oficina tras una puerta a pocos pasos del féretro. El periodista asumió que se trataba de un espacio reservado para permitir a los familiares de los difuntos recibir llamadas o descansar un rato, fuera de la vista del salón principal.

—No sabes cuánto lo siento... —comenzó a decir él cuando un dedo de ella sobre sus labios le impidió terminar la frase.

Claudia recostó la cabeza en el pecho de Tomás con los brazos exánimes a los costados, como una torre de Pisa en busca de una vertical olvidada. La abrazó con cautela, acosado por sensaciones múltiples: ternura frente a la vulnerabilidad femenina, conmiseración ante su pena, incomodidad por la cercanía del marido. Pero sobre todo, un impulso erótico inmediato e inesperado que terminó por barrer cualquier otra consideración.

Ella se separó antes de que pudiera advertir la respiración agitada de él. Cualquier razón que la hubiera llevado a recostar la cabeza en el pecho de Tomás parecía saciada. Estaba lista para hablar.

—Quiero pedirte dos favores —dijo Claudia en tono íntimo, más propio de una pareja que ha convivido toda una vida que de los efímeros amantes a quienes solo unían cuatro días de pasiones compartidas cinco años antes—. No confío en el director actual, Alfonso Palomar, para conducir el diario y mucho menos en el esperpento de Murillo, pero en los próximos días no estaré en condiciones de acercarme a *El Mundo*. Mamá no puede quedarse sola en este momento. Además, tampoco es que yo sepa mucho del negocio. No sé lo que voy a hacer, aunque me queda claro que por ningún motivo dejaré que esos corruptos tomen el control del periódico. ¿Y si tú te hicieras cargo?

La petición lo tomó por sorpresa; se había imaginado cualquier cosa antes que recibir la encomienda de hacerse cargo de un diario.

—Te doy toda la razón, Claudia, dejar al frente a cualquiera de esos dos equivaldría a poner a la Iglesia en manos de Lutero, el problema es que yo no soy la solución —respondió tras una larga pausa—. Soy columnista, no editor. Hace quince años que no reporteo y nunca he dirigido una sección o una revista, mucho menos una redacción completa. Si quieres, te ayudo a encontrar a alguien idóneo para el cargo.

—Mi padre tenía una oficina en la propia sala de redacción que nunca utilizó —dijo ella ensimismada, ignorando la objeción de Tomás—. Enviaré una carta a la administración para indicar que en los próximos días tú representarás los intereses del *publisher*. A partir de mañana, Palomar deja el periódico. Tendrás que autorizar la portada y la primera sección antes de que pasen a composición. Cualquier cheque superior a cincuenta mil pesos deberá llevar tu visto bueno. Mejor aún, el lunes hacemos la ceremonia de tu nombramiento como nuevo director general.

Tomás la examinó con atención, tratando de captar algún signo de desvarío en su mirada. No lo encontró. Tras el abrazo, ella parecía haber recobrado el aplomo; sus palabras reflejaban la certidumbre de algo sobre lo que se ha cavilado durante horas.

—Nunca me interesó convertirme en la sucesora de mi padre y por lo mismo no me preparé para esto. Mi amor por él era tal que siempre busqué algo a que aferrarme para evadir la eventualidad de su muerte; una apuesta absurda a favor de su inmortalidad. Desde que te conocí en aquel viaje a Nueva York me di cuenta de que llegado el caso solo podría confiar en ti, y saberlo ha sido un alivio durante estos años. Te puede faltar oficio, y sin embargo creo en tu honestidad y en tus intenciones. Es cierto que solo convivimos algunos días, Tomás, pero ¿nunca te ha pasado conocer a alguien a quien parecías llevar años esperando, al que sigues unido incluso después de perderlo?

Tomás enmudeció. Solo sus ojos, repentinamente humedecidos, reflejaron el impacto de la confesión de Claudia. Tanto tiempo añorándola; años asumiendo que su *affaire* había sido para ella un efímero divertimento en la vida de niña rica que llevaba. Cuatro días en que ella se deslizó a hurtadillas en su habitación sin que se enterara el resto de la *troupe* que acompañaba al padre durante su gira por los templos sagrados del periodismo estadounidense.

—¿Y el segundo favor? —dijo él con involuntaria brusquedad.

Ella demoró la mirada sobre Tomás, escudriñándolo como quien vacila en una mesa de póquer antes de decidirse a apostar su resto. Después de una pausa, se decidió:

—Hoy por la mañana Cristóbal Murillo me dio un sobre cerrado de parte de mi padre. Al parecer tenía instrucciones de ponerlo en mis manos en caso de un fallecimiento repentino. Lo que encontré me condujo a una caja en la bóveda de un banco; había un paquete con dinero y dos cartas. En una me habla de una tal Milena, primero para pedirme que la proteja y la ayude; después, en lo que parece una nota apresurada, para alertarme de un grave peligro.

—¿Milena? —preguntó Tomás mientras hurgaba en su cerebro en busca del apellido.

—Contra lo que se ha dicho públicamente, mi padre murió en los brazos de una amante en un departamento al que acudía varias noches por semana. Los primeros reportes de la policía dejan pocas dudas sobre las circunstancias de su muerte. Estaba profundamente enamorado de una joven, a juzgar por los correos electrónicos que encontré en la computadora de su oficina —dijo ella, y a manera de excusa agregó—: luego de los extraños mensajes que me dejó en la caja del banco, examiné su correo; el viejo no era muy ducho en materia de contraseñas.

—¿Y quién es Milena?

—Nunca creí que mi padre llegara a manifestar tal pasión; siempre mostraba un total control de sus emociones, era un manipulador consumado como todos sabemos —dijo para sí misma con una intensidad que Tomás emparentó con algo parecido a la ternura.

—¿Qué dicen las cartas? ¿Quién es Milena? —insistió.

—Pues es confuso, pero todo indica que ella se enfrentaba a amenazas de muerte y mi padre la protegía. En los mensajes que intercambian, él intenta tranquilizarla una y otra vez. En la primera de sus cartas me pide que haga un esfuerzo de

comprensión y solidaridad y vele por su porvenir; pero la segunda es muy extraña.

Claudia extrajo la tarjeta apenas garabateada y leyó:

—«Protege a Milena. Pero quítale la libreta de pastas negras y destrúyela. Podría arruinar a la familia».

—¿Y dónde está la mujer? ¿Sabes algo de ella?

—Nada, se esfumó.

Los dos guardaron silencio algunos instantes. Seguían de pie, a un costado del escritorio de la improvisada oficina de la funeraria. A falta de respuestas o soluciones él la abrazó, conmovido. Comenzaba a entender la difícil encrucijada en que la había colocado la petición de su padre. Hacerse cargo del periódico era un reto formidable, aunque de alguna manera era algo que ella sabía que tarde o temprano habría de sucederle. Pero sentirse responsable de salvaguardar la integridad de la familia contra una amenaza misteriosa e inasible escapaba a sus posibilidades; un reto inesperado que la sumía en la zozobra y la parálisis.

—¿En algún otro momento tu padre se refirió a la libreta? ¿No la menciona en los correos?

—En absoluto. Solo en esta tarjeta. No sé ni por dónde empezar.

—Quizá habría que revisar a conciencia el departamento del que salió huyendo. No creo que haya dejado algo valioso, y menos una libreta a la que le temía tu padre, pero al menos podremos descartar el sitio más obvio para comenzar. Déjame-lo, yo me encargo —dijo Tomás sin saber cómo ni cuándo podría cumplir su compromiso.

—Por favor, apúrate, no sabemos si los contenidos entrañan un peligro inminente. ¿Qué crees tú que pueda ser? ¿Algo que avergüence a mi padre? O mejor dicho, ¿a mi familia?

Tomás especuló en silencio y se preguntó si Rosendo Franco temía algún tipo de chantaje o de extorsión por parte de la rusa a partir de algún video comprometedor o detalles de alguna infamia del viejo, que no debían de ser pocas.

—¿Y cómo te sientes con eso de proteger...? —«a la amante de tu padre», iba a decir Tomás, pero se contuvo a tiempo.

—¿Te parece que hay algo de enfermo en eso? Yo misma lo he pensado; en cierta manera es un acto de deslealtad a mi madre. Sin embargo, me parece que eso es lo que él hubiera querido. Tendrías que ver la intensidad que hay en esos intercambios; como si les fuera la vida en ellos.

Tomás pensó que, en efecto, la vida le había ido en ello, por lo menos a Rosendo Franco. Y por lo que Claudia comentaba, quizá también a la tal Milena, si las amenazas que había recibido eran fundadas.

—Mirado así, quizá es el mejor homenaje que puedes hacerle a tu padre.

—Y además está la otra advertencia, parece urgente, apresurada. No sé si quiera proteger a la mujer, lo que está fuera de duda es que debemos encontrarla y conseguir el cuaderno negro del que habla mi padre.

El periodista asintió con la cabeza y agregó:

—Sí, pero ¿por qué yo?

—Primero, porque ignoro la naturaleza de los peligros que enfrenta la muchacha, y será mejor no llamar la atención. No podemos correr el riesgo de que esa libreta caiga en manos de la policía o de cualquier otra persona; no sin saber su contenido. Segundo, porque pocas personas entenderían la naturaleza de mis intenciones, empezando por la propia Milena. Y sobre todo, porque mi padre me contó lo que tú y tus amigos hicieron en el caso de Pamela Dosantos, los archivos que descubrieron y la ayuda de un joven *hacker* de quien se dice que es un talento fuera de serie. Solo en ti puedo confiar para una investigación así, ¿o me equivoco? —concluyó ella con una amplia sonrisa.

Pese al tono categórico, las palabras de Claudia evocaron en Tomás la imagen de una niña que recita de memoria y plenamente convencida las razones por las que Santa Claus prefiere entrar por las chimeneas. Y no obstante, le resultó un mensaje seductor e irresistible.

En el momento de ceder Tomás se preguntó cuánto de las dotes manipuladoras de Rosendo Franco había heredado su hija. La sensación se acentuó cuando ella extrajo de su bolsa un juego de llaves con la etiqueta pegada de un domicilio en la colonia Anzures: el departamento de amor de Rosendo Franco, supuso Tomás. El beso que recibió en la comisura de los labios le hizo olvidar un largo rato las implicaciones de los compromisos asumidos. Dos horas más tarde tendría un ataque de ansiedad.

Al retirarse de la funeraria, Tomás no se percató de que la camioneta de Amelia y el vehículo de los guardaespaldas que solía acompañarla se encontraban aún en el estacionamiento, y tampoco imaginó la impensable escena que allí tenía lugar.

Amelia había recibido una llamada de la oficina de Andrés Manuel López Obrador aplazando su cita. En un primer impulso decidió acudir a su oficina pero luego optó por transmitir instrucciones por teléfono a Alicia, su secretaria, sobre los temas pendientes más urgentes. Los nudillos de Jaime sobre la ventanilla de su camioneta la interrumpieron.

—Qué bueno que aún te encuentro. ¿Tienes unos minutos?  
—Intentó abrir la puerta para obligar a Amelia a hacerle sitio en el asiento trasero. Los guardias acudieron en su auxilio pero ella los contuvo con un gesto de la mano. Jaime pidió al conductor que los dejara a solas, y a su pesar, Amelia accedió de nuevo con una inclinación de cabeza.

—Pasa —dijo ella en tono seco— pero tengo que estar en una reunión muy pronto. —Hacía años que no se encontraba a solas con Jaime y decidió que la sensación no le gustaba. No obstante, no podía dar un portazo en la cara a quien durante tanto tiempo había considerado un hermano.

Ahora que se hallaba por fin frente a ella, Jaime no sabía por dónde comenzar. Le había lastimado la actitud de Amelia un rato antes y, al verla disponible, decidió encararla bajo el influjo de un súbito impulso, contrario a su costumbre de planificar con cuidado toda actividad importante. Quizá por ello acabó diciendo algo que ni siquiera él esperaba.

—Sé que no comulgas con mis métodos, Amelia, pero créeme que en ocasiones es lo único que funciona en el mundo podrido en que vivimos. En el fondo las causas son las mismas.

—¿Y eso a qué viene al caso? ¿La muerte te puso reflexivo? —respondió ella haciendo un gesto en dirección a la funeraria. Lamentó la dureza de sus palabras, pero aún se sentía traicionada por el comportamiento de Jaime en los últimos meses. Le parecía que el hombre manipulador y lleno de secretos en el que se había convertido se encontraba a años luz del chico con el que había crecido.

—¿A qué viene al caso? Prácticamente me ignoraste allí adentro. No me merezco ese desdén; si solo supieras lo que desde siempre has sido para mí.

Ella permaneció callada, sorprendida del tono intenso y emocional tan poco usual en Jaime. Pero nunca anticipó lo que diría a continuación.

—Tengo al lado de mi cama un juego de colección de pulsera y aretes egipcio que te habría gustado —dijo de manera intempestiva, como si se le hubiera salido por los labios antes de pensarlo—. Te lo iba a dar hace veinte años, en aquella fiesta de bienvenida que celebramos en mi casa al regresar de mi maestría en Washington, ¿recuerdas?

Amelia asintió apenas y a su mente acudieron imágenes de vestidos vaporosos y hombres en esmoquin, carpas montadas en un jardín y media docena de meseros solícitos.

—Yo estaba muy enamorado de ti, Amelia. Y seguramente habríamos terminado juntos si mi padre no se hubiera metido de por medio. Esa tarde te iba a entregar el estuche y declararte mi amor. Durante horas aceché el momento oportuno y cuando por fin te vi desaparecer en lo que supuse era una visita al baño, te seguí en silencio. No te encontré en la planta baja y subí a la segunda; los ruidos apagados que procedían de la biblioteca de mi padre me llevaron a entreabrir la puerta. La imagen me ha perseguido el resto de la vida: estabas de rodillas con su pene encajado en tu boca, la mano de él sobre tu cabe-

za. Me llevó mucho tiempo perdonarte, pero aquí estoy. A él, en cambio, nunca más volví a verlo ni a dirigirle la palabra. Él sabía que yo te quería, pero no le importó destrozarme solo por darse el gusto de satisfacer un antojo.

Amelia escuchaba en silencio, sorprendida por la ferocidad de las palabras de Jaime sobre algo que había sucedido tanto tiempo atrás. Parecía un relato atormentado mil veces reproducido en la mente de Jaime. Sabía del afecto que Jaime le profesaba pero nunca imaginó la profundidad de su pasión, mucho menos el dolor que había provocado en él su amorío con Carlos Lemus.

—Lo siento, Jaime, pero entendiste todo mal —dijo ella tras algunos segundos en que su cerebro intentaba asimilar el reproche—. Tu padre y yo tuvimos una relación intensa y real durante varios años. Importante para ambos, pero no voy a ahondar en ello. Si escogiste odiar, fue tu elección. No nos culpes a mí o a Carlos.

—Nunca me he desprendido del estuche —respondió él como si no la hubiera oído—. Antes lo abría cada tantas noches para acordarme de la traición de mi padre; ahora lo hago como una forma de conjurar la espera. Era importante que lo supieras.

Ella iba a decir algo pero él descendió del coche. Lo vio alejarse y perderse detrás de una esquina de la funeraria.